

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 25 de Agosto de 1895.

Núm. 279.

Subscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Apóstoles, 11, bajo.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

El tiempo corre veloz.

Todo tiene su fin y partiendo desde este punto, excuso decir á ustedes que los que nos abandonaron huyendo del calor se encuentran entre nosotros buenos y frescos.

La fèria nos sonríe, y si la suerte se presenta de cara, las diversiones próximas harán que olvidemos pronto los *chorretes* de sudor que con tanta paciencia hemos limpiado meses atrás.

Esto mismo opinan entre otras familias, la simpática viuda de Pérez y sus dos niñas gemelas, que tampoco han veraneado.

O sinó, como dice una mi amiga muy aficionada á arreglarlo todo á su capricho:

—Desengañese usted, ya todos somos iguales y nadie nos conoce en la cara que no hemos veraneado.

Tal vez tenga razón, pero á mí me parece que así como los que regresan á sus casas tendrán muchas cosas buenas que contar, y más de uno, quizá se haya traído argumento para una novela. Nosotros solo poseemos, como recuerdo del verano, un librote en pasta negra, en cuyas páginas se lee:

«Día 2 de Agosto de 1895.

—En este día, á consecuencia del calor sufrí mi cuerpo tal estremecimiento, que me dieron por muerto varias personas y mi propio perro.»

Los programas y carteles, anunciando nuestras fiestas, ya se han repartido y colocado en los sitios de costumbre.

De todo figura en ellos; desde el *hipnotizador* castillo de fuegos artificiales, hasta la deliciosa diana á la hora en que mejor sientan los higos chumbos.

Parte del público se muestra satisfecho.

Otros hechan de menos la falta de representaciones dramáticas para esos días en nuestros teatros.

HISTORIA MUDA



Y no falta autor que haya intentado suicidarse con «agua caliente», al ver perdidas sus ilusiones.

La verdad es que la comisión de festejos demuestra muy poco gusto cuando no nos abre los teatros en la fèria.

Aquí, donde más de un poeta espera oportunidad para presentarse como autor dramático, es donde mayores sacrificios deben hacerse, porque nuestros teatros no estén cerrados.

Si estos funcionasen auguro á la empresa pingües ganancias.

Sobre todo al representarse el drama de un amigo rubio, y que lleva por título: «Influencia de una portera».

Esta obra se hace interesante al público desde las primeras escenas.

En particular en el segundo acto.

La escena representa un gabinete. A la derecha un sillón y sobre él, un gato y un vaso de agua. Es de noche. Un rayo de sol penetra por una ventana, dando en la frente á la dama, que estará tendida sobre una mesa con dolor de muelas. A la izquierda, y con un bulto de ropa entrada en años, una mujer súcia tiene en la mano.

De pronto, bajándose la mesa de la dama con un bastón á la otra exclama cclérica:

Si te vés ó no te vés pronto lo vamos á ver, porque me van á matar los olores de tus piés.

Siguen otros versos, hasta conseguir que la mujer vieja abandone la casa, no sin tener antes un vómito,

en el que arroja un pedazo de higado, que el público se come á presencia del gato.

Y termina el acto.

Hay autores sencillos y sin pretensiones que por un chico de limón en vaso grande, pondrían sus producciones á disposición de una empresa.

Pero ésta, sin duda, conociendo la *novedad* de estas obras, se decide, antes de ponerlas en escena, por tener el teatro cerrado, ó cuando más, lo utilizan para picar oliva en sus pasillos.

Y yo creo que hacen perfectamente.

Jesús Guardiola.

Carta abierta.

Mi querido *Alegrías*:

Esta no tiene otro objeto que aclarar lo que dice usted en el *Bosquejo Semanal* de «Murcia Alegre», hablando de la fiesta de San Cayetano y de una rubia.

Usted, sin duda, movido por el amor que le profesa á una *encantadora* rubia, ensalza á ésta, diciendo:

«Recuerdo de una rubia, que sin disputa era la flor y nata de las rubias, que tiene una carita de gloria y que sus ojos tan grandes como azules, no parecen sino dos pedacitos del azulado firmamento, que estaba radiante de hermosura y que sólo por verla se podía ir á la romería de San Cayetano bendito.»

Ahora, Sr. *Alegrías*, tengo que decir á usted, que no es cierto que fuese la rubia la que más llamase la atención, nada de eso, pues recuerdo que en esa fiesta hubo un *moreno* de ojos abrasadores, de esos, que con una mirada trastornan al hombre menos apasionado y esta era, sin disputa, «la que estaba radiante de hermosura» y no la rubia que usted ensalza.

No me extraña que diga tal cosa, pero lo que sí me extraña es que su osadía sea tan grande, para llegar á hacer la reseña de San Cayetano, no habiendo asistido usted á la romería.

